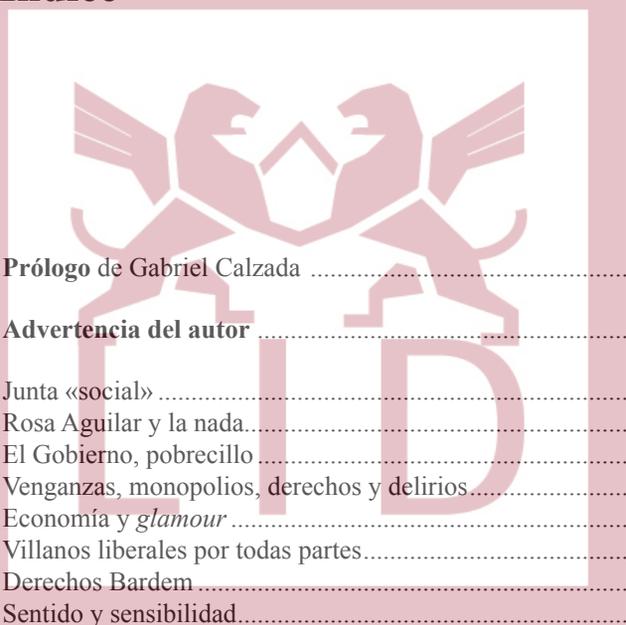


Índice



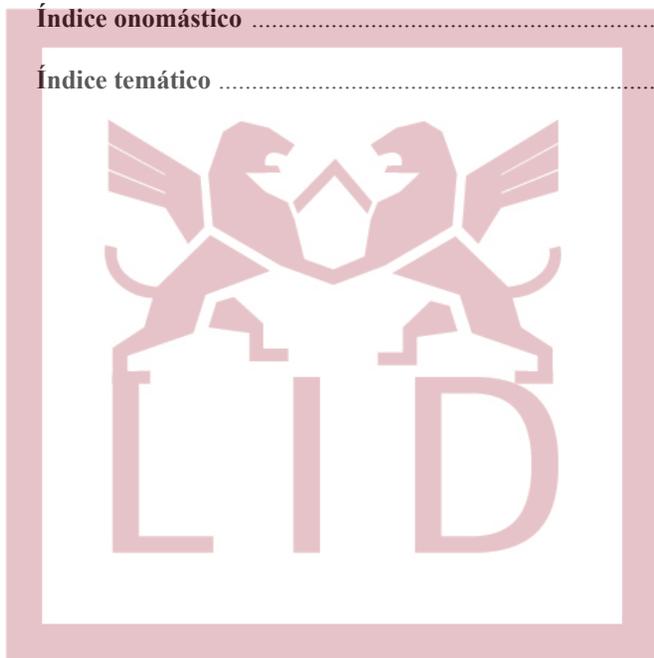
Prólogo de Gabriel Calzada	13
Advertencia del autor	17
Junta «social»	19
Rosa Aguilar y la nada	20
El Gobierno, pobrecillo	21
Venganzas, monopolios, derechos y delirios	23
Economía y <i>glamour</i>	24
Villanos liberales por todas partes	26
Derechos Bardem	28
Sentido y sensibilidad	29
Proteccionismo	30
Comienzo, miedo y marea	32
El crimen económico	33
Disparates sobre Smith	35
Tres ministros	36
Izquierda y modestia	37
Cuestión de confianza	38
Cuotas y justicia social	39
Bunge y el capitalismo	40
Victoria Camps	41
Sor Lucía frente a Risto	42

Carrillo social	43
Filantropía y educación	45
La pena de no caber en Granada	45
Cebrián y el prestigio	46
Condicionalidad keynesiana.....	48
Cerrojazo a la libertad	49
Joyas que sucumben	50
Gabinetes y formación.....	51
Poder x 2.....	53
Democracia real ya.....	54
Benditos impuestos.....	55
Echanove x 4.....	57
Espectáculo del poder.....	58
Rostros parciales	60
Libertad = muerte	61
Wyoming y los liberales.....	63
Lucha y coraje	64
Odón Elorza o el falso reencuentro	65
Tierras y médicos	66
¡A rehabilitar, camaradas!	68
Christian Felber y el equívoco común.....	69
Felber y Gesell.....	70
Socorro	71
Capitalismo serio en versión Kirchner	72
Ferre y Camacho	73
De columnas vertebrales	74
Brechas	75
El Papa y el beneficio	77
García Linera, el Estado y el capital.....	78
Cajas y banca pública.....	80
Alberto Garzón x 3	81
Alberto Garzón, abrumado e ilustrado	83
Acaparadores.....	84
Tomás Gómez propone.....	86
Libertad y fuerza	86
Luchas y caras, peticiones y techos.....	88
Pensiones y pactos.....	90
Sátrapas	91
La lógica de Philippe Filèse	93
Cultura y agresiones	93
Tecnología y pensamiento único	95
Desbocados e impotentes	97
Jeremy Irons también	99

Contra los impuestos malos.....	100
Juncker y la derecha	101
Kay, Ponzi y Samuelson.....	102
Maldito 0,1%.....	103
Krugman seguro	104
Krugman y Navarro.....	107
Desertores fiscales	108
Izquierda y empleo	110
Tomates x tomates ≠ felicidad.....	111
Política, democracia e indefensión.....	113
Lipovetsky	114
Populismo x 2.....	115
Socialistas neoliberales.....	116
Consuelo universitario.....	117
Defendamos lo nuestro.....	118
Economía y 15-M.....	119
Cándido Méndez y el gasto	122
Juventud, valor y salario.....	123
Estado y progreso	125
Cultura y economía	126
Podemos discriminar	127
Trucos Monti	128
Miedo y democracia	130
Disparatado «neoliberalismo».....	131
Mágica dependencia.....	133
Mujica.....	134
Capitalistas inmorales.....	136
Perversa libertad.....	137
Ricos y revolución reaccionaria neoliberal	137
Oscuro Jobs	139
Neoliberalismo y austeridad.....	139
Terrible dilema	141
Capitalistas ganadores	142
Oxfam eureka	143
Oxfam: la libertad amenaza, la desigualdad mata.....	145
Justicia fiscal.....	147
Estado eficaz.....	149
Alzira, dinero y riqueza.....	150
Pastor positiva	150
El azote español de Microsoft	152
Pérdida desigualdad.....	153
Alfred l'Écoulant y el capitalismo.....	154
El peligro chino	155

Rebelión liberal	157
La gran desigualdad.....	159
Estados dinamitados	160
Capitalismo, dinero, Dios.....	161
Metro accesible.....	162
Malditos beneficios, malditos hombres	164
Barbie providencial y equitativo	166
Lorca y el mercado	167
De brutos y arrodillados	168
Kicillof.....	170
Adiós, elefantes	171
Rendición ante el mercado	172
Revilla y el sentido común	173
Cosas básicas.....	174
Lucro asqueroso	175
La ONU y el daño social	176
Rodrik frente a Friedman	178
Rosa y trabajo.....	180
Libertad en Madrid	181
Luchas y mercados	183
Sachs, quejumbroso.....	184
Emir Sader	186
Movilizar... ¡ar!	187
Sampedro y el capitalismo	189
Alternativa socialista	190
Alberto San Juan, capitalista	192
Sbaraglia y Darín.....	193
Mano invisible y ausente.....	195
La proeza de Heidemarie Schwermer	196
Cunetas liberales.....	197
Fantasia propagada por Stiglitz	199
Habla Beatriz Talegón	200
Política y mercado	201
Clases, capitalismo y egoísmo.....	203
Calidad y decencia.....	204
Los que tienen que pagar.....	205
Tobin todos	206
Condenas, empresas, Estados	207
Apostar por la industria	209
Demolidores y deportistas	210
Alternativa socialdemócrata	212
Cajón desastre.....	214
Lampedusa y la inmigración	216

Éxito y mejora	217
Profundo	218
Impuestos, acumulación y pérdidas.....	220
Bailes regionales.....	221
Abrazos y hegemonías.....	222
Hambre, Política, Bolsa.....	223
Supermercados y empleo.....	224
Hambre y empresas	227
Zambrana y el socialismo.....	229
La ONU y el orden criminal.....	230
Índice onomástico	233
Índice temático	239



Prólogo

El lector tiene en sus manos una obra marxista. Sí, han leído bien, se trata de una obra en la que Carlos Rodríguez Braun reivindica el marxismo de principio a fin.

Como botón de muestra del marxismo que impregna toda la obra les dejo un delicioso aperitivo: «el Estado de bienestar es la columna vertebral del bienestar del Estado». Aperitivo este que merece ser aderezado con un comentario sobre la relación del Gobierno, sea zurdo o diestro, con los pobres: «es injusto alegar que el Gobierno no ha hecho nada frente a la pobreza, puesto que resulta incuestionable que ha subido los impuestos, la medida que más contribuye a frenar el crecimiento y a aumentar el paro y la pobreza. Es evidente, asimismo, que ha luchado por la “inclusión” de más y más ciudadanos en las filas de las víctimas de Hacienda». Me refiero, claro está, al marxismo del gran genio de Marx. Me refiero al marxismo creativo, agudo, humorístico y políticamente incorrecto de Groucho Marx.

La incorrección política del libro es monumental y su autor no va a hacer muchos amigos con él; al menos no en el mundo de la política, donde la violencia es la moneda de cambio y la libertad es vista como una amenaza contra el statu quo y las posibilidades de

materialización de las utopías antiliberales. Sin embargo, estoy seguro de que los amantes de la libertad y la responsabilidad recibirán esta obra como un agradabilísimo y estimulante soplo de aire fresco.

El libro no deja títere intervencionista con cabeza: partidos de izquierda y derecha, organizaciones no gubernamentales y organizaciones gubernamentales, sindicatos y patronal, clérigos y seculares. Para nuestro autor no hay vacas sagradas y tampoco emperador desnudo que no sea denunciado, por poderoso que sea: PSOE, PP, IU, sindicatos, empresarios, Oxfam, FMI, Banco Mundial, Buffett, los Bardem, Monti, Montoro, Monedero, Millás, Palacio, Floriano, Iglesias, Sáenz de Santamaría, Stiglitz, Ramonet, Rajoy y un largo etcétera desfilan con sus tonterías a lo largo de estas páginas. A quien Carlos Rodríguez Braun haya elegido como protagonista de una de sus columnas, le recomiendo que no se enoje. Enfadarse no le hace a uno decir menos tonterías. Respire hondo y reflexione sobre la tontería en cuestión. Si prefiere no reflexionar y simplemente necesita un consuelo, recuerde: lo importante es que hablen de uno, incluso si lo hacen bien.

En cuanto a los temas sobre los que se construyen y deconstruyen las tonterías, los hay para todos los gustos: la paridad de sexos, los servicios sociales, los impuestos, la crisis, las subvenciones, las cuotas, las regulaciones de todo tipo y hasta los crímenes contra la humanidad. El autor disecciona cada argumento poniendo un grado de empeño y humor directísimamente proporcional al grado de intervencionismo que rezuma la afirmación que se dispone a refutar.

No quiero confundirles dando la sensación de que el libro es político, porque no lo es. *Tonterías económicas III* es, como las dos entregas anteriores, una obra profundamente económica. Su autor hace gala de su condición de economista. Bueno, nadie es perfecto, como diría Osgood en la memorable película de Billy Wilder. Hablamos de economía en estado puro, sin las típicas distracciones pirotécnicas que la mayoría de los profesionales del gremio utilizan con el fin de ocultar su incapacidad para decir algo coherente y original o, lo que es aún peor, para decir algo que tenga significado para el hombre de la calle y haga sonreír al lector.

La economía del autor está basada en el principio sobre el que pivota la teoría económica realista: si yo le quito a usted su cartera cuando va camino del supermercado y me voy de parranda, el mundo habrá ganado una juerga. Cierto. Pero al mismo tiempo la sociedad –y sobre todo usted– habrá perdido una cesta de la compra. Si la cartera se la quita un intermediario que además me ayuda a organizar mi fiesta, llámese este secuaz, político o funcionario de carrera, el resultado no suele mejorar. Más bien, tiende a ser aún peor ya que el intermediario no es responsable ante las pérdidas ni las ganancias del caso y no será tan vigilante a la hora de no despilfarrar como la persona que va a disfrutar de la juerga o la que pagaría de manera voluntaria por ella. Además, la quiebra de la propiedad privada, es decir, la invasión de la autonomía del individuo, destruye el único marco de justicia en el que se puede concebir una convivencia pacífica y un juego de confianza que sume positivo. A los socialistas de todos los partidos les encanta llamar la atención sobre la juerga que han ayudado a generar mientras que suelen ignorar a la persona que hubiera adquirido su cesta de la compra. «Es notable cómo nadie piensa nunca en ese otro», nos dice con acierto Carlos Rodríguez Braun.

Algunos solo son capaces de ver lo obvio, lo que se ve, lo que ha sucedido, lo que tuvo lugar. Nuestro autor tiene la habilidad de ver continuamente lo que no se ve, lo que ha dejado de suceder porque alguien se empeñó en impedir que el legítimo propietario de un recurso hiciera con él lo que realmente quería hacer. En su día Marx, ahora sí Karl, el alemán, el que creía que el valor de las cosas estaba en el trabajo que uno ponía en producir algo, atacó de forma despiadada a Frédéric Bastiat por mostrar al mundo que detrás de los resultados visibles de la política estatal hay una realidad difícil de ver porque el uso de la violencia ha impedido que llegara a existir. Marx acusó a Bastiat de panfletero y propagandista por mostrarnos sistemáticamente ese universo cuyo surgimiento fue reprimido por la fuerza. Carlos Rodríguez Braun merece ser acusado por los liberticidas contemporáneos de lo mismo que Marx acusaba a Bastiat porque sus tonterías nada tienen que envidiarle a los famosos sofismas denunciados por el francés.

Otra característica del libro es su descarnado realismo. En él se habla de la política y del Estado como realmente son y no como algunos sueñan que podrían llegar a ser. Con la misma perspectiva habla del socialismo real como realmente fue: «un régimen criminal». Así, sin maquillajes ni componendas. Sin pelos en la lengua.

Tonterías económicas III es un libro peligroso. Su autor se tendrá que hacer responsable de los daños que pueda causar porque él no puede no saber que lanza a la calle un texto peligrosísimo. Quienes hemos sobrevivido a las subidas de impuestos confiscatorias de Rajoy corremos ahora el riesgo de morir de la risa leyendo esta crítica tan sólida como desenfadada del pensamiento único intervencionista.

Gabriel Calzada
Rector de la Universidad Francisco Marroquín

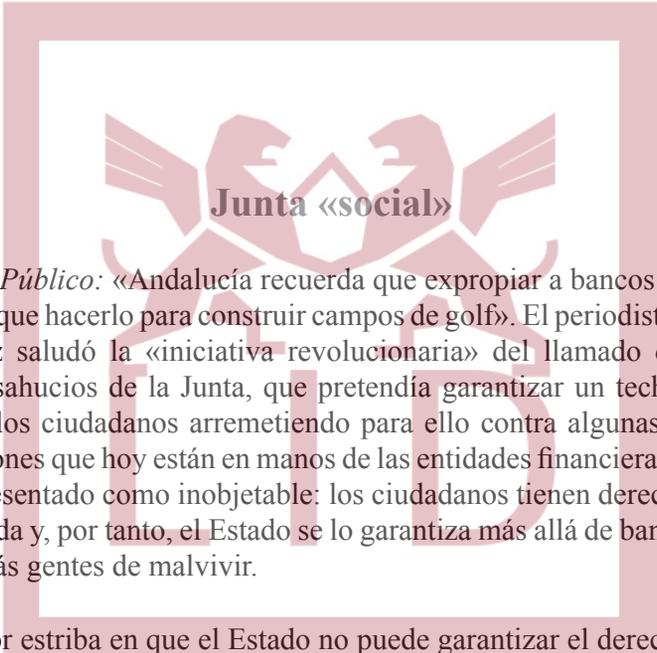


Advertencia del autor

Esta nueva entrega de *Tonterías económicas* es una selección, con pequeñas correcciones y modificaciones, de las que he publicado durante los últimos cuatro años. Como es lógico, el tema principal es la crisis económica. Resulta, además, particularmente necesario abordarlo porque esta crisis, como todas, ha envalentonado a los enemigos de la libertad, o los estatistas de todos los partidos, y han sido legión los trileros que han intentado colarnos la estafa de que el liberalismo, el capitalismo o el mercado son los responsables de las desgracias padecidas por tantos ciudadanos.

Agradezco a los lectores que acogieron con generosidad los dos volúmenes anteriores de *Tonterías económicas*, a *Libertad Digital* que publica mis piezas todas las semanas desde hace 15 años, al rector Gabriel Calzada por su generoso prólogo y a los amigos y seguidores en Twitter, Facebook, LinkedIn y del blog carlosrodriguezbraun.com, que, como siempre, me han hecho llegar muchas sugerencias interesantes.

CRB



Junta «social»

Tituló *Público*: «Andalucía recuerda que expropiar a bancos es más social que hacerlo para construir campos de golf». El periodista Íñigo Aduriz saludó la «iniciativa revolucionaria» del llamado decreto antidesahucios de la Junta, que pretendía garantizar un techo para todos los ciudadanos arremetiendo para ello contra algunas de las decisiones que hoy están en manos de las entidades financieras. Todo era presentado como inobjetable: los ciudadanos tienen derecho a la vivienda y, por tanto, el Estado se lo garantiza más allá de banqueros y demás gentes de malvivir.

El error estriba en que el Estado no puede garantizar el derecho a la vivienda porque no tiene recursos: todo lo que posee se lo ha quitado antes a los ciudadanos. Por lo tanto, si me da un piso y me permite no pagarlo es porque ha incrementado los costes que otras personas se verán forzadas a pagar por mí, personas que pueden ser los contribuyentes, los trabajadores o accionistas de los bancos, o los acreedores de esos bancos cuyos costes financieros pueden verse incrementados por el intervencionismo político. Pero estos matices rara vez son reconocidos y no solo en los medios de comunicación sino en la política y en la opinión pública en general. No corresponde, por tanto, ningún rasgado de vestiduras porque el señor Aduriz no los detecte

y salude entusiasmado la medida «revolucionaria» de los políticos andaluces ignorando sus posibles consecuencias perjudiciales que sufrirán terceros ignotos.

Lo más grave es que la argumentación de su artículo, que recoge de manera fiel la de los mandatarios andaluces, se ajusta al pensamiento prevaleciente y a su plasmación jurídica. Primero, lo de «social» como magnitud, un absurdo frente al que nadie plantea objeción alguna, como si fuera sinónimo de justicia perfecta, como si fuera obvio que expropiar bancos es más social (más justo, más bueno, etc.) que expropiar para hacer campos de golf. El punto de partida es que nunca es justo quitarle a usted lo que es suyo, señora, por ninguna razón. Y, a continuación, reconocer que social en realidad no quiere decir nada definido y desde luego no quiere decir «la sociedad». Más acertado es traducir social por político. Ahí sí que tiene algo de sentido, porque en la pulverización totalitaria de su significado, social es lo que al poder le convenga en cada momento. Y de ahí que las cosas puedan ser más o menos sociales.

El derecho moderno ha quedado subordinado a la interpretación del poder político y, efectivamente, la Constitución Española (artículo 33) establece que la propiedad tiene una función social (que por supuesto solo puede determinar el Gobierno), que el poder ha de promover una distribución de la renta más equitativa (artículo 40), que los españoles tienen derecho a una vivienda digna (artículo 47) y el más socialista de los muchos artículos socialistas de nuestra Carta Magna, el 28: «toda (sic., ha leído usted bien: toda) la riqueza del país está sujeta al interés general» (que, para qué tengo que aclarárselo, solo pueden determinar las autoridades).

Rosa Aguilar y la nada

Proliferan los mensajes sobre las cosas buenas que pueden hacer los políticos a favor de los pobres con su dinero. Su dinero de usted, por supuesto. Y, también por supuesto, jamás hay ninguna consideración ni sobre el daño que los mismos políticos perpetran contra los pobres, ni sobre la conveniencia de prestar atención a los propios pobres y de tener el respeto y la modestia necesarios para no

avasallar sus derechos y libertades, de modo que puedan prosperar. Todos los políticos insisten en que hay que hacer algo, empezando por los del Partido Popular, que instaron al Ejecutivo a presentar un Plan de Acción para la Inclusión Social, con especial atención a la población infantil, etc. Pero Rosa Aguilar, portavoz socialista de Servicios Sociales en el Congreso, arremetió así contra Ana Mato: «nada ha hecho la ministra».

Es injusto alegar que el Gobierno no ha hecho nada frente a la pobreza, puesto que resulta incuestionable que ha subido los impuestos, medida que contribuye a frenar el crecimiento y a aumentar el paro y la pobreza. Es evidente, asimismo, que ha luchado por la inclusión de más y más ciudadanos en las filas de las víctimas de Hacienda. Doña Rosa Aguilar, por tanto, no tiene razón.

Cosa distinta es que el Gobierno no haya hecho todo lo que podría a la hora de aumentar la pobreza. Esto sí que puede ser verdad. Y a tenor de las propuestas intervencionistas de la señora Aguilar parece que, efectivamente, Barbie y los suyos podrían haber perjudicado aún más a los ciudadanos aumentando todavía más el gasto público, que es lo que recomienda doña Rosa, en línea con el Gobierno de la izquierda comunista-socialista de Andalucía que, como suele suceder, ha destacado a la hora de usurpar los bienes y los derechos de los trabajadores.

Pero entre dañar a los ciudadanos, aún más, y no hacer nada, qué duda cabe de que lo mejor habría sido que Ana Mato y en general el Gobierno de Barbie hubieran hecho realmente lo que Rosa Aguilar les acusa sin fundamento de haber realizado. O sea, nada.

El Gobierno, pobrecillo

Leí lo siguiente en una interesante entrevista de Lydia Aguirre con Alan D. Solomont, embajador de Estados Unidos en España:

«Pregunta: el ciudadano medio de la socialdemócrata Europa piensa que el Gobierno debe garantizar los servicios sociales porque para ello paga sus impuestos. ¿Hay algo erróneo en esta ecuación?»

Respuesta: creo que la ecuación no termina ahí. Podemos esperar que el Gobierno atienda necesidades básicas en educación, salud o recogida de basuras, pero eso no significa que los ciudadanos no tengan también responsabilidades con su comunidad. Tenemos el ejemplo de Higuera de la Serena (Badajoz). El alcalde es de Izquierda Unida, no es alguien de derechas. Es un pueblo con una gran deuda que no puede financiar algunos servicios públicos y lo que ha hecho la gente es juntarse para proveerlos. La tradición más rica de la socialdemocracia es la creencia de que cuidamos los unos de los otros. No solo pagamos impuestos. No podemos depender del Gobierno para todo. Además, creo que está bastante claro que no puede hacerlo todo».

Tanto la pregunta como la respuesta tienen el atractivo de condensar el pensamiento único. Por ejemplo, la supuesta obviedad de que pagamos impuestos para recibir una serie de servicios que el Estado debe garantizar. El verbo «deber» no es conjugado por la periodista cuando habla de los impuestos y eso que los impuestos llevan la compulsión hasta en el nombre. Es reveladora la retórica que expresa la realidad fiscal como si fuera un contrato más: parecería, en efecto, que pagamos impuestos a cambio de servicios, como pagamos al tendero a cambio de un kilo de azúcar. Si le damos el dinero y nos niega el azúcar, nos indignamos porque no está cumpliendo con lo que «debe» hacer.

Pero esta identificación es falaz y el pago de impuestos resulta diferente del pago al tendero. La diferencia estriba en que, a pesar de la retórica contractual expresada por Lydia Aguirre, los ciudadanos no pagamos impuestos a cambio de servicios sociales, sino porque es obligatorio hacerlo, con independencia de los servicios que la Administración pueda ofrecer, o no.

La coacción, que es la cualidad distintiva del Estado, resulta oscurecida en la pregunta y aún más en la respuesta. El embajador Solomont transforma esa coacción en una colaboración abnegada de alguien al que no puede pedírsele todo. El Gobierno hace cosas, pero los ciudadanos tienen también responsabilidades con su comunidad. ¿Cómo que también? Todo lo que el Gobierno hace lo hace con dine-

ro extraído a la fuerza de los bolsillos de los ciudadanos y el embajador habla como si fuera un socio más de los ciudadanos, que pone lo suyo y, lógicamente, espera que los demás pongamos lo nuestro. Oiga, que no: que lo del Estado también es nuestro.

El ejemplo de Higuera de la Serena es engañoso. No necesitamos ese caso para saber que los ciudadanos somos capaces de cooperar y de ayudarnos los unos a los otros. Eso no es la tradición más rica de la socialdemocracia, sino la tradición humana, pura y simple, anterior a la política, y que prueba que es contingente. En cambio, la tradición socialdemócrata es puramente política y se basa en la coerción sobre los ciudadanos, muchas veces argumentada, al contrario de lo que sugiere el señor Solomont, alegando que no podemos ni sabemos colaborar ni cuidarnos los unos a los otros si el Gobierno no nos obliga.

Pues bien, resulta que una vez que nos obliga, una vez que nos quita el dinero, no hace lo que promete, no brinda los servicios que supuestamente iba a ofrecer. Y entonces ¿cuál es la reacción de la corrección política? Pues pasarle la responsabilidad a la gente, porque el Gobierno, pobrecillo, no puede hacerlo todo.

Venganzas, monopolios, derechos y delirios

Rafael J. Álvarez entrevistó a Lara Alcázar en *El Mundo*. La líder del grupo feminista Femen emitió escalofriantes desvaríos como, por ejemplo: «nos toca la venganza histórica contra el genocidio de mujeres a lo largo de siglos». Me limitaré, empero, solo a dos ideas económicas.

Aseguró la señora Alcázar: «somos pobres porque los hombres tienen el monopolio de los negocios». Como resulta evidente que la pobreza en el mundo ha disminuido a lo largo de los siglos, entonces doña Lara se verá ante la incómoda tesitura de reconocer que o bien no somos pobres, o bien los hombres no tienen el monopolio de los negocios.

A continuación, Rafael J. Álvarez le hizo un comentario pertinente y poco habitual. Le dijo que si fuera verdad que las mujeres cobran

menos que los hombres por el mismo trabajo, entonces el paro femenino debería ser cero, porque los empresarios las contratarían siempre a todas. Doña Lara respondió: «porque el hombre da menos problemas, según los empresarios».

Otra vez, aquí hay una nueva y desasosegante alternativa para la líder feminista. O bien la mujer no gana menos que el hombre por el mismo trabajo, o bien los empresarios son en su mayoría imbéciles y desaprovechan una clara oportunidad de beneficio.

Es evidente que todos los hombres no son superiores a todas las mujeres. Lo probó el coordinador de Izquierda Unida en Andalucía, Antonio Maillo. En declaraciones a Carlos Herrera en Onda Cero defendió a los okupas y añadió: «la vivienda o es un bien especulativo o es un derecho humano y nosotros creemos que es un derecho humano».

De manera reveladora ni se le pasó por la cabeza a don Antonio que la vivienda podía ser el derecho humano de quienes la adquieren. Eso nunca, porque eso es la propiedad privada, es decir, el fundamento de una sociedad libre. En vez de ello, el preclaro progresista solo identificó dos opciones que niegan la propiedad privada. En un caso por ser especulativa y en otro caso por ser un derecho humano, es decir, un extraño derecho que legitima al poder para que viole los derechos de los ciudadanos, puesto que, naturalmente, cuando el señor Maillo dice que la vivienda es un derecho humano no está pensando en regalar libre y voluntariamente su propia vivienda al prójimo.

Asimismo, dijo que la gente se suicida todos los días por culpa de los desahucios. Ante semejante disparate, Arcadi Espada le hizo la pregunta que Josu Mezo ha hecho famosa en *La Brújula de la Economía*, el programa de Carlos Alsina en Onda Cero: «¿y eso usted cómo lo sabe?». El inefable líder progresista respondió: «está en los medios». No se refería al centro de las plazas de toros, añadido.

Economía y glamour

Ariadne Artiles, la modelo española más internacional, declaró al magacín de *El Mundo*: «los ricos son cada vez más ricos y los pobres,

aún más pobres. Las ayudas siguen siendo para los ricos. Vivo en un mundo que no comparto y no puedo entender, y sufro y me siento impotente por no poder hacer nada al respecto».

En primer lugar, los pobres no son cada vez más pobres. En las últimas décadas la pobreza, el hambre, la miseria y la enfermedad, a pesar de las constantes jeremiadas sobre su empeoramiento, no se han agravado. En segundo lugar, si los ricos son cada vez más ricos, no hay razón alguna para lamentarlo, salvo que lo hagan a expensas de los pobres, algo que solo puede suceder fuera del mercado, es decir, mediante la intervención política. La propia señora Artiles es una mujer rica y no creo que ella piense que su enriquecimiento se ha debido al empobrecimiento ajeno, porque no ha habido en ese enriquecimiento intervención política apreciable. Esa misma intervención, por cierto, es la que se encarga de ayudar a los bancos, crítica implícita en la frase de doña Ariadne.

Es muy loable que el modelo admita que no entiende el mundo: mucho mejor nos iría si lo hicieran numerosos economistas, políticos e intelectuales arrogantes que creen que saben cómo organizar nuestra vida quitándonos la libertad y el dinero.

Menos plausible es que diga que no puede hacer nada ante los problemas del mundo. Esto es falso, todos podemos hacer algo para ayudar al prójimo. Es más, muchos ayudamos y estoy seguro de que la propia señora Artiles lo hace.

También en *El Mundo* leí una entrevista al actor Juan Echanove. Me pareció enternecedor, porque primero confiesa que en la facultad no estudió nada y se pasó el tiempo bebiendo botellines; y después se queja de que la gente piense que los actores son vagos y bebedores. Pero observó además algo interesante sobre economía: «si hay algo que odio es a estas agencias de calificación que son corresponsables de la crisis. Encima hay que pagarles».

Eso de que las agencias de calificación sean señaladas como corresponsables es típico de la corrección política, que prefiere apuntar hacia lo que suene a más privado o más capitalista o más vinculado al

mercado. Es evidente que la responsabilidad de esas agencias empalidece frente a la de los bancos centrales, por ejemplo. Pero el señor Echanove da una pista importante, quizá de forma inadvertida, cuando subraya: «hay que pagarles».

En efecto, hay que pagarles, pero no porque formen parte de unos contratos voluntarios característicos de la economía de mercado. Eso no. Hay que hacerlo porque las autoridades, las mismas que establecen las agencias que pueden actuar, imponen la obligación de contratarlas. Esto no era así en un principio, ni tiene por qué serlo de manera necesaria. En una economía libre las agencias serían contratadas por los interesados en destacar la calidad de los activos ofrecidos. Esta libertad también existía en el mundo de la auditoría pero, otra vez, fueron las autoridades las que impusieron la obligación de que las empresas se auditen. El papel de la intervención, su carácter contingente y sus graves y onerosas consecuencias no suele ser subrayado ni siquiera por suficientes economistas, con lo cual no sería justo cargar demasiado las tintas sobre el señor Echanove.

Villanos liberales por todas partes

A propósito del comunismo de Eric Hobsbawm, tan alabado siempre por los autodenominados progresistas, Robert Conquest habló de la *massive reality denial*. Esta negación masiva de la realidad es ingrediente permanente del pensamiento único que, como jamás cree que el intervencionismo pueda ocasionar mal alguno, cuando hay males reales o imaginarios entonces solo pueden deberse a que hay villanos liberales por todas partes.

Y en esas estamos. El célebre actor Javier Bardem, entrevistado a propósito de la última película de James Bond, declaró: «¿los villanos de hoy? Ya lo sabemos todos. Los que rescatan bancos en vez de personas y los que hacen que los bancos no piensen sinceramente lo que significa un desahucio para tantas personas».

Don Javier comparte la extendida ficción de que las autoridades pueden rescatar a las personas, como si tuvieran medios propios para

hacerlo, y que por lo tanto el debate solo estriba en elegir a quién se rescata, si a los bancos o a las personas, lo que es una falacia porque el dinero siempre es de las personas. Sin embargo, nuestro actor más internacional parece pensar que no es de nadie, o que es de los políticos, que pueden tener corazón, no como los bancos que desahucian a los que no pagan. En cambio, los generosos políticos pueden intervenir, frenar los desahucios y así lograr aumentar el coste de la mayoría de ciudadanos que sí pagan.

Dirá usted: eso es análisis económico y no hay por qué exigirle al señor Bardem que lo acometa. Vale, pero entonces podemos tratar de manera severa a unos economistas de izquierdas que proclaman así su opinión: «no es economía, es ideología», lo que seguramente tendrá que ver con las ideas que no les gustan. Pero lo más asombroso hablando de distorsión de la realidad, es decir, la acepción marxista de la palabra ideología, es su diagnóstico sobre «el enorme dominio de las fuerzas conservadoras y liberales sobre el Estado español». Y estos individuos son economistas. ¿Hacia dónde están mirando? ¿Es que no se han molestado en ver ni una cifra sobre el gasto público, la presión fiscal y las incontables pruebas del intervencionismo creciente de nuestras Administraciones Públicas?

La misma fantasía aqueja al editorialista de *El País* que, a tenor de la reforma sanitaria madrileña, suelta esta perla: «es evidente que el proyecto de Ignacio González, como el de Cospedal o el de Eduardo Zaplana en su momento, responde a la ideología liberal del partido al que pertenece. Pero una cosa es fomentar la iniciativa privada y otra muy distinta jibarizar el Estado». Y la repite Manuel Hidalgo en *El Mundo* en un artículo titulado «Desmantelar», donde afirma sin rubor: «aprovechando la crisis, la derecha española sobrepasa la necesidad de moderar el gasto público para, con cirugía invasiva, imponer su ansiado proyecto liberal».

Nada de esto resiste el menor análisis, en ningún caso el Partido Popular es un partido liberal, sino que mezcla ingredientes liberales en un pasteleo que es tan infame como intervencionista, es decir, hace más o menos lo mismo que todos los demás partidos, incluido por supuesto el PSOE. Sostener que el Partido Popular se propone

«jibarizar» el Estado es una alucinación, puesto que cualquiera puede comprender que está en abierta contradicción con las notables subidas de impuestos consumadas por Rajoy y sus huestes contra los ciudadanos. Y la reforma de la sanidad pública en ningún caso pretende reducir los impuestos con que los sufridos contribuyentes la financiamos, con lo que es ridículo hablar de cirugía invasiva, como hace el señor Hidalgo: la invasión es la de los políticos sobre la libertad de los ciudadanos. Unos políticos que podrán tener muchos proyectos ansiados, pero no han dado nunca ninguna señal genuina de que el liberalismo se encuentre entre ellos.

Derechos Bardem

La actriz Pilar Bardem se presentó en un acto de apoyo a los mineros que llegaron a manifestarse a Madrid procedentes de Asturias y León. Y declaró: «quiero a los mineros como quiero a cualquier ciudadano que defienda sus derechos».

Es una excelente ilustración de una paradoja fundamental del progresismo. En efecto, ¿cómo es posible que Pilar Bardem quiera a cualquier ciudadano que defienda sus derechos y no a cualquier ciudadano que los tenga?

Imaginemos una persona que es asaltada, golpeada o violada, pero que opta por no resistirse, quizá porque piensa que no vale la pena o incluso porque puede empeorar su situación. ¿Es que la señora Bardem no sentiría aprecio por ella? ¿Es que no querría a una mujer violada si esa mujer no defiende su derecho a su integridad física y moral?

Esto es un error. Todos tenemos derecho a no ser violados, con independencia de la defensa que hagamos de ese derecho.

Asimismo, el derecho a no ser violados comporta el respeto a nuestra dignidad y libertad sin menoscabar en absoluto la dignidad y la libertad de los demás. En cambio, lo que los mineros reivindican es el derecho a invadir el derecho de los demás al fruto de su trabajo, porque exigen que los políticos arrebatan a los ciudadanos unas

sumas de dinero que muchos de ellos libremente con seguridad no entregarían a los mineros.

La lógica de la acción colectiva, que diría Mancur Olson, lleva a que determinados grupos de presión poco numerosos pero muy bien organizados utilicen diversos grados de violencia para conseguir que los políticos los ayuden a expensas de los contribuyentes o los consumidores, dos grupos muy numerosos pero poco organizados, que no defienden sus derechos en las calles. Pero los tienen y Pilar Bardem podría apreciarlos. Después de todo, ellos probablemente han pagado con su dinero, de ellos, a la fuerza, sus películas, de ella.

Sentido y sensibilidad

Michel Barnier, comisario europeo de Mercado Interior, conservador, declaró: «se había desregulado todo desde hacía 30 años, en una especie de ola ultraliberal, una caricatura del liberalismo, apoyada tanto por la izquierda como por la derecha. Ahora regresamos a una economía social de mercado, a una regulación inteligente». Y la ministra de Empleo y Seguridad Social, Fátima Báñez, también de la derecha peronista, celebró la designación de su secretario de Estado de Servicios Sociales e Igualdad, Juan Manuel Moreno, como candidato a la presidencia del Partido Popular en Andalucía y a la presidencia de la Junta en las elecciones autonómicas, con estas palabras: «es un compañero comprometido, valiente y con gran sensibilidad social».

La economía social de mercado tiene una larga tradición en Europa y en particular en Alemania, donde la noción fue inventada en los años cuarenta, tuvo un considerable auge político gracias a la figura de Ludwig Erhard y se ha mantenido allí en pie hasta hoy. En su origen estuvo la primera aparición de la expresión «neoliberalismo», porque la economía social de mercado buscó distinguirse del liberalismo decimonónico «manchesteriano» y apoyó a la vez la competencia y la intervención política, empezando por la defensa de la competencia, porque ya entonces se había impuesto la ficción de que el mercado tiende a autodestruirse generando monopolios.

Por eso algunos denominaron a la economía social de mercado la «tercera vía» entre mercado y Estado, entre capitalismo y socialismo, y ha tenido el respaldo de pensadores vinculados al cristianismo en general y al catolicismo en particular, cuya doctrina social también alberga elementos partidarios y hostiles al liberalismo. Incluso podemos sospechar que tiene que ver con la llamada síntesis neoclásica que, como es sabido, simpatizó con el mercado en la microeconomía a la hora de asignar recursos, pero reclamó la imprescindibilidad del intervencionismo en la macroeconomía no solo por razones de fallos del mercado, descubiertos de manera astuta en la micro, sino por un abanico de razones macro que iban desde la estabilidad financiera hasta la justicia social.

Todo esto es estupendo y tranquiliza muchas conciencias, que para eso están las doctrinas al fin y al cabo. Lo malo es que parte de una falacia y termina ofuscando la comprensión de la realidad. Es falso sostener que el mercado y el Estado sean males análogos de los que convenga equidistar. Partiendo de esto es fácil resbalar hacia la equivocación del señor Barnier, que cree o pretende hacernos creer que en las últimas tres décadas (justo después de la caída del Muro de Berlín, lo que no es casual) hemos vivido sin impuestos, sin gasto público y sin Estado, en una ola ultraliberal donde se desreguló todo. Esto no es verdad y es imposible que don Michel no sepa que no lo es.

Pero en política y en lo relativo a los asuntos humanos importa tanto la verdad como lo que prefiramos pensar que es la verdad. Y en eso llega Fátima Báñez y se pone a describir a una persona que es como ella, es decir, que no tiene oficio conocido más que el de la política, ni pensamiento conocido más que la corrección política antiliberal. ¿Cómo describir a una persona así? Pues, lógicamente, diagnosticando que tiene gran sensibilidad social. Eso es, social, como la Madre Teresa de Calcuta.

Proteccionismo

El empresario Ángel Barranco advirtió en *Cinco Días* en contra de «comprar en países de bajo coste, provocando la fabricación fuera de nuestras fronteras». Esto le parece muy mal porque «un país como España se mantiene si vivimos de lo que fabricamos».

Estas ideas son tan milenarias como equivocadas. Los seres humanos libres procuran organizarse de modo eficiente, por la cuenta que les trae. Y si es más barato producir las cosas en casa que comprarlas, las produciremos en casa. Si no lo hacemos es porque nos conviene comprarlas en la tienda de la esquina o en la del pueblo de al lado, o en la del pueblo más lejano de España o del mundo. Eso no tiene por qué estar mal. Como parece obvio que no vamos a fabricar todo en casa, lo lógico es que decidamos qué cosas queremos comprar y dónde, sea dentro o fuera de nuestras fronteras. La vieja distinción que plantea el señor Barranco no tiene sentido: ¿por qué va a ser bueno comprarle a un señor de Barcelona o de Madrid y va a ser malo hacerlo a una señora de Burundi?

La idea de que hay que fabricar cosas es también bastante confusa. En realidad no tenemos por qué fabricar nada. Lo haremos si nos conviene y nos convendrá si lo hacemos bien y barato, de forma tal que los demás nos compren. Pero la gente se especializa en actividades muy diferentes y unos producen vestidos o acero y otros se dedican a la hostelería, la pintura o el canto. Para mantenerse no hay que vivir de lo que fabricamos, sino conseguir que otros nos compren lo que vendemos, que no es lo mismo.

La lógica proteccionista de don Ángel lo lleva a elogiar nada menos que a las siniestras autoridades de mi Argentina natal, que están impidiendo por la fuerza que los ciudadanos importen los bienes y servicios que necesitan. Como si fuera bueno comprar los productos del país con independencia de los deseos del pueblo, de la calidad y coste de esos productos.

Concluye el señor Barranco reclamando un ciudadano comprometido con los productos fabricados en el país y exigente con los gobernantes para que protejan nuestra economía. Pero si hay ciudadanos comprometidos con los productos nacionales, habría que dejarlos en paz para que los compren con libertad. Y si los gobernantes obligan a esos ciudadanos a comprar lo que no desean a un precio mayor al que estarían dispuestos a pagar, ¿a quién estarían protegiendo realmente?